

Un embutido de obediencia y anarquía

Alejandro Zambra



“La muchedumbre de brazos, hombros, espaldas caía sobre mí, las armas me atravesaban y era delicioso imaginarme como el alimento que apaciguaba un hambre”, dice Juan de Warni, el ubicuo protagonista de “Frente a un hombre armado”, de Mauricio Wacquez, escritor colchaguino que pasó gran parte de su vida en Europa y murió hace tres años, justo cuando comenzaban a darse las condiciones para que su breve y personalísima obra pudiera ser revalorada en Chile.

Publicada en España en 1981 y ahora reeditada aquí por Sudamericana, la novela es una especie de delirio en el que todas las convenciones de la narrativa tradicional han sido dislocadas con muy premeditada arbitrariedad: el relato salta innumerables veces de la tercera a la primera persona, así como varían incesantemente los escenarios, los tiempos y el lenguaje, de manera que el lector jamás tiene la impresión de pisar suelo seguro. El narrador, por su parte, parece ajustarse con fidelidad

a la estrategia que él mismo se encarga de definir: “Cuando se cuenta algo, casi todo está permitido, salvo, claro está, el aburrimiento”.

Así, de la Francia de 1847 pasamos a los años posteriores a la segunda guerra mundial, regresamos al siglo diecio-



“Frente a un hombre armado”, de Mauricio Wacquez, es una versión estilizada y perversa de aquel inocente juego en que los niños se pasan la tarde probándose disfraces, haciendo muecas y riendo a carcajadas ante el espejo.

cho o nos encontramos, de sopetón, con pasajes relativos a las guerras de pacificación de la Araucanía. El pretexto -o bien “las excusas que permiten cualquier exceso”, como apunta el narrador- es el relato de la peripecia vital

de Juan de Warni, un joven que hace de su iniciación sexual y vital un proceso de disgregación o una cadena interminable de sucesivas metamorfosis. El difuso recuerdo de sus padres, de su preceptor y, sobre todo, de Alexandre, un sirviente con el que descubre

no el amor sino la dinámica del cazador y la presa (la metáfora central de la novela es que “dominar y ser dominado son facetas de una misma de-

licia”), constituyen algunos puntos de referencia que usa el protagonista para avanzar como obedeciendo a un plan a la vez disperso y muy concreto: inventar una biografía desapegada de los hechos pero estrictamente fiel a los aconte-

cimientos imaginarios, psíquicos, que dicta una memoria voraz y desenfrenada.

“Frente a un hombre armado” es quizás la versión estilizada y perversa de aquel inocente juego en que los niños se pasan la tarde probándose disfraces, haciendo muecas y riendo a carcajadas ante el espejo. La imagen no es casual si pensamos en la preeminencia de la infancia -como tema, como trauma, como acertijo- en los libros de Wacquez: escribir parece ser, para el autor, fundamentalmente un modo de acercarse a ese pasado que no es una edad dorada, sino más bien un tiempo raro, un embutido de obediencia y anarquía.

Nunca se insistirá suficientemente en la destreza formal de Wacquez, cuya prosa concisa y dispersa al mismo tiempo es toda una lección de estilo. Novela lírica, histórica, homosexual, bélica y política, “Frente a un hombre armado” es, sin duda, uno de los proyectos más complejos de la literatura chilena.